



Gustos

Da vueltas y más vueltas con la cuchara, mientras mira un punto fijo de la pared. El camarero nos observa desde el otro lado del salón. Somos los únicos clientes, supongo que le gustaría traernos cuanto antes el segundo plato y el postre y la cuenta, pero Fernando sigue perdido en el dibujo del papel pintado.

—¿No tienes hambre? —le pregunto al fin.

—Cuando era pequeño odiaba las lentejas, ¿sabes? De hecho, desde que me independicé para ir a la universidad estuve años sin comerlas. Fue hace solo unos meses, en una visita a la casa de mi madre, cuando volví a probarlas únicamente por complacerla, y me sorprendí entonces de lo mucho que me gustaron.

—Eso es normal. Los gustos cambian. A veces las cosas que no soportamos terminan por encantarnos.

—¿Y no te parece triste?

—No, ¿por qué?

—Porque también puede suceder al contrario, que aquello que al principio nos fascina deja, poco a poco, de interesarnos.

Y me mira, y me coge de la mano, y siento un escalofrío porque sé que ahora vamos a tener esa conversación que llevamos aplazando tanto tiempo. El camarero se acerca.

—¿Está todo a su gusto? —nos pregunta.